



## REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año.  
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º — NÚMERO 29.

DIRECTORA.  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

8 de Agosto de 1877.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redacción y administración, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

## SUMARIO.

**El paso de Roncesvalles**, por don T. de Trueba y Cosío.  
**A la Madre del Amor Hermoso**, poesía, por don T. Rodríguez de la Torre.—**Calvario y redención**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**El niño**, poesía, por don Dámaso Delgado Torres.—**El hermano Leon**, por don F. G. R.—**Variedades**.

## EL PASO DE RONCESVALLES.

(Leyenda histórica.)

(CONCLUSION.)

—¿Qué es esto, don Bernardo, los triunfos que alcanzaste en Roncesvalles, han inflamado tanto tu orgullo, que te han hecho olvidar el respeto que se debe al rey de estos estados!

—No se me puede exigir, replicó Bernardo indignado, respeto alguno hacia el rey de Leon desde que ha llegado a mi noticia la villanía de su conducta. ¿Dónde está mi padre? ¿Pudo nunca su ofensa, si es que puede llamarse así, merecer el cruel castigo que sufre? Recordad el paso de Roncesvalles.... los servicios que allí os hice fueron tan grandes, como inmerecidos. Me

ofrecísteis una gracia cuando salvé vuestra vida del furor de Rolando. Este, pues, es el momento de cumplir vuestra real palabra, si de algo vale la palabra de un rey tan despiadado para los suyos como injusto para todos.

La desesperación del rey llegó a su colmo al ver la altivez de Bernardo.

—Atrás el insolente, gritó. ¿Qué arrogancia es esta? Qué podía yo esperar de la hechura de un traidor?

—Mi padre no fué traidor! ¡Cortada se vea la lengua que ha proferido tal calumnia! Si cualquier otro, escepto el rey, la repitiese, viven los cielos que habia de participar de la suerte de los que probaron la fuerza de mi brazo en Roncesvalles. Ahora bien, señor, antes que espire el día, exijo el cumplimiento de la gracia prometida. Sacad a mi noble padre del castillo de Luna, donde ha sido tan cruel e injustamente desterrado. Esta es mi petición. Concedédmela y cesará la indignación de Bernardo que está siempre mas dispuesto a amar que a aborrecer. Dadme a mi padre, y mi brazo, y mi sangre y mi vida, todo será vuestro despues.

—Desprecio tan arrogante ofrecimiento, exclamó el rey: y sepa Bernardo que no impune-



mente se provoca el odio ó se abusa del demasiado sufrimiento del rey Alfonso.

—Tu sufrimiento y tu odio, me son igualmente despreciables, interrumpió atrevidamente el caballero; pronto, falso rey, te arrepentirás de tus injusticias y crueldades. Ahora parto de aquí, pero desgraciado el día en que Bernardo vuelva á la corte de Leon.

La admiración y el respeto que rendían á Bernardo los caballeros y el pueblo de Leon, eran tales, que á pesar de las órdenes del rey, ninguno se atrevió á oponérsele al paso. Por consiguiente, sin obstáculo de ninguna especie, salió de la ciudad y se retiró al castillo del Carpio. Allí ordenó que todos sus vasallos se le presentasen armados, é invitó á todos sus amigos de la nobleza á que apoyasen su causa contra el cruel monarca. Sus órdenes fueron puntualmente obedecidas, sus amigos correspondieron á la invitación, sus vasallos volaban á alistarse en su bandera; y numerosos apuestos caballeros, seguidos de sus escuderos y partidarios, cruzaban diariamente el camino del castillo del Carpio.

Hallándose, pues, Bernardo en posición de pelear contra el rey, comenzó sus hostilidades, con los resultados mas funestos para los leoneses. Saqueó los pueblos de Alfonso y parecia infatigable en la prosecución de su venganza. El rey envió un cuerpo de caballería contra el rebelde, el cual los hizo volver ignominiosamente á Leon. Por mucho tiempo continuó así Bernardo una guerra vergonzosa contra su soberano, quien resolvió por último poner sitio al castillo del Carpio, con cuyo objeto comenzó á hacer los mas eficaces preparativos. Juró que no volvería á Leon sin nivelar el castillo con la tierra y humillar á su orgulloso señor. Este, desde las altas murallas de su fortaleza, contemplaba á su enfurecido enemigo y desafiaba su poder.

El sitio duró algun tiempo, pero sin la mas leve esperanza de triunfo para los sitiadores. Ultimamente el rey propuso las negociaciones para la paz, que Bernardo admitió sin vacilar un momento. Se estipuló que Alfonso entregaria el conde de Saldaña á su hijo, por lo cual se rendiria el castillo del Carpio y seria desde aquel momento propiedad del rey. Concluido el tratado, el augusto tío y el intrépido sobrino celebraron una entrevista, en la cual se abrazaron cordialmente en prueba de reconciliación. Entretanto se enviaron mensajeros á Leon con las instrucciones del rey, para que se condujese al campo al conde de Saldaña; despues de lo cual entrambos ejércitos, sitiado y sitiador, volvieron á su antigua actitud hostil, hasta que aparecie-

se el inocente autor de la contienda y se celebrase el cumplimiento del tratado.

Con la natural ansiedad de un corazón generoso, deseando entregarse á los sentimientos filiales ignorados hasta entonces, esperaba el valiente Bernardo la llegada de su padre. Día tras día y hora tras hora no cesaba de pasear por los altos murallones de su castillo, tratando de descubrir desde lejos la aproximación de la comitiva. Al fin lo consiguió y su corazón sintió una emoción desconocida hasta entonces para él. Toda la guarnición del castillo se apresuró á asomarse á la muralla, y los aires repetían los gritos de gozo del joven héroe.

Inmediatamente los gloriosos ecos de las trompetas, anunciaron el feliz suceso y el castillo se vió en un instante coronado de banderas y pendones pertenecientes á todos los caballeros que habían abrazado la causa del de Carpio. Iguales demostraciones de respeto se notaban en el campo de los sitiadores; todo el ejército estaba dispuesto á recibir al noble conde de Saldaña con los debidos honores. El rey envió una espléndida embajada ofreciendo á Bernardo y sus caballeros, que se adelantasen á recibir á su padre. Bernardo del Carpio, armado con las mas luciente malla, seguido de sus bravos campeones, dando al aire sus pendones gloriosos y al son de mil alegres músicas, salió de su castillo. Aproximóse al rey y allí se renovaron los votos de amistad y concordia. Bernardo con la mas respetuosa gratitud, besó la mano del rey. —Este es un día de gloria, mi buen Bernardo, dijo Alfonso, nuestras contiendas que tan perjudiciales han sido para Leon han llegado á un término feliz. ¡Bendita sea mil veces la Providencia eterna!

—El castillo del Carpio, con que recompensásteis mis hazañas en los campos de batalla, os entrego, lleno mi corazón de gozo y reconocimiento, don Alfonso. Vuestros caballeros y vasallos pueden, desde luego, tomar posesión de una fortaleza que la experiencia os ha hecho conocer no ser un don de escaso valor.

—Viniendo de tí, amado sobrino; contestó el rey, con afable sonrisa, es doblemente digno. D. Garci Nuñez, vé con tu gente y ocupa el castillo en mi nombre.

La entrega del castillo se efectuó y Bernardo con su brillante comitiva, se adelantó á abrazar á su deseado padre. Al acercarse entrambas partes, notó el joven guerrero que el conde montaba difícilmente su caballo, lo cual atribuyó á su debilidad. ¡Desdichado! exclamó con las lágrimas en los ojos, mirad, nobles señores, mirad el doloroso estado á que se vé reducido por las



crueldades del rey de Leon, el modelo de la caballería española!

En esto apresuró el paso y su corazón latía con mas fuerza cuanto mas se acercaba al objeto de su tierno cariño. Saltó rápidamente del caballo, y corrió á besar la mano de su padre. No sin gran extrañeza notó que apesar de todas estas demostraciones, el conde no parecia reconocer á su hijo. Pero su asombro y su horror llegaron al mas alto grado, cuando cogiendo la mano del conde la halló abandonada, fria, y pesadamente sobre las suyas. Tornó entonces sus amorosos ojos hácia el rostro en que creia ver pintada la sonrisa de la dulzura paternal; pero solo vió la huella de la muerte impresa en él, los labios lívidos, los ojos hundidos, la megilla descarnada, todo hizo sospechar á Bernardo un acontecimiento horroroso.

—Está muerto, exclamó en la amargura de su pena. Y ese rey falso añade esta burla terrible y dolorosa á todas sus infames crueldades! Dirigiéndose entonces á los restos mortales del conde, prosiguió con voz mas dulce y tierna:

—¡Ah! D. Sandiaz, en mal hora naceria el desventurado Bernardo! mi ansiedad por salvaros ha apresurado el término de vuestra existencia miserable! Mi desdicha es completa! No puedo vengar esta abominable traicion. Habeis sido infamemente asesinado, he entregado mi castillo, todo se ha perdido para siempre!

Sus compañeros llenos de sorpresa y de indignacion por la doblez del rey, le animaban á que satisficiera su venganza y atacase de nuevo á D. Alfonso y á su ejército. Pero el valor de Bernardo habia decaido y únicamente los últimos deberes filiales ocupaban su corazón. Determinó, pues, celebrar con la pompa debida, las exequias de aquel padre que á pesar de todos sus esfuerzos no habia podido proteger en vida.

—Valientes y fieles compañeros, les gritó; el día de la venganza no está lejos; y os juro aquí en presencia de las cenizas frias de mi desdichado padre, que ha de ser tan completa, como infame la ofensa recibida. Seáme el cielo tan propicio, como yo seré fiel en cumplir mi juramento.

Los funerales del conde de Saldaña se efectuaron con toda la magnificencia que exigian su rango y las glorias de su hijo. Esta triste ceremonia escitó los sentimientos mas tiernos entre todos los compañeros de armas y amigos de Bernardo del Carpio; en cuyo semblante alternaba la espresion del mas profundo sentimiento con la de la furia mas escesiva. Concluido el acto, salió de la iglesia, y acompañado de algunos caballeros, intrepidos y resueltos como él, se

dirigió á palacio donde el rey daba audiencia pública.

Bernardo atravesó por medio de la inmensa multitud y se adelantó hasta el mismo pie del trono.

—¿Eres en realidad un hombre? le dijo indignado, ó es que la naturaleza se burla de nosotros dándonos un demonio en figura de rey? Falso cristiano é indigno caballero, á tu pesar has de oir los insultos y maldiciones de Bernardo á menos que algunos de los que te rodean quieran tomar á su cargo tu defensa.

En esto Bernardo tiró con arrogancia su guante; pero ningun caballero se adelantó á cogerlo. Entonces con una sonrisa de desprecio continuo:

—Ya lo ves, entre tus mas allegados partidarios, no hay uno que quiera combatir por tí! Por medio de una falsa y vil estratagema me has arrebatado mi castillo del Carpio; pero sabe, Alfonso, que mientras Bernardo pueda esgrimir su acero, no necesita fortalezas para que su nombre haga temblar á infames y mal nacidos como el rey de Leon. Aquí he venido á renunciar á toda alianza, á toda amistad contigo en adelante, y no será seguramente el moro infiel, enemigo mas implacable de tu reino que Bernardo. Adios, jamás intentes buscarme á no ser con la lanza y el escudo. Vamos, valientes compañeros, salgamos de una corte, donde el enemigo mismo enseña sus diabólicas arterias.

Al decir esto, marchóse bruscamente, dejando á los espectadores de la escena asombrados de tanto atrevimiento.

—¡Cómo! exclamó el rey indignamente avergonzado, no hay ningun caballero que defienda la causa de Alfonso?

Todos los nobles guardaron un profundo silencio.

Bernardo y sus amigos, no volvieron á presentarse en la corte de Leon, durante el reinado de Alfonso. El héroe dedicó su vida á los grandes hechos de armas que han alzado su nombre á tanta altura en historias y romances. Ninguna noticia ha llegado á nuestros tiempos, de la manera en que murió.

La vida de Bernardo del Carpio, está tan llena de aventuras románticas y hasta cierto punto increíbles, que algunos historiadores la han juzgado como fabulosa. Sin embargo, esta opinion no está del todo fundada, porque no hay una razon suficiente para dudar ya de su existencia real, ó de la verdad de muchas de sus aventuras extraordinarias.

T. de Trueba y Cosío.



## A LA MADRE DEL AMOR HERMOSO.

¡Amor! frase santa  
que al alma enloquece,  
flor bella, que crece  
del alma al calor.

¡Bendito aquel pecho  
que amante palpita!  
¡Mil veces bendita  
la Madre de amor!

Yo quiero cantarte  
mi Madre querida;  
yo quiero mi vida  
poner á tus piés.

¡Dichoso el acento  
del viento en las alas,  
que pueda las galas  
cantar de este mes!

¡Oh Mayo dichoso  
de encanto y poesía!  
¡oh mes de María!  
¡oh mes del amor!

Arrullan tu sueño  
las auras suaves,  
te cantan las aves,  
te adora la flor.

Del tiempo al sacarte  
la eterna grandeza,  
sublime belleza  
y amor puso en tí,

Y el Dios uno y trino  
con santo alborozo,  
colmando tu gozo  
bendijote así:

—Será de mi Hija  
corona preciosa.

—Será de mi Esposa  
anillo nupcial.

—Será de mi Madre  
eterno embeleso;  
será dulce beso  
de amor filial.

Y alzóse la planta,  
brotaron las flores,  
cantaron amores  
las aves sin fin,  
y amantes las brisas  
en alas del viento,  
llevaron su acento  
del mundo al confin.

Y en tanto del cielo  
tú, Madre querida,  
nos muestras la vida,  
la senda del bien:  
y amantes tus ojos

en nuestra faz fijos  
nos dicen:—Mis hijos,  
venid al Eden.

¡Bendita mil veces!  
Sin tí, Madre mia,  
mi dulce alegría  
nublara el dolor.  
Por eso mi lira  
te entona su canto;  
¡Te amo tanto.... tanto....  
que muero de amor.

Yo he visto ¡ay! tan niño  
mi dicha perdida....  
mi madre querida  
voló junto á tí,  
y, al cielo los ojos,  
su aliento postrero  
me dijo:—Me muero;  
tu Madre está allí.

Y al cielo mirando  
te ví, Madre mia;  
tu amor conducía  
su alma ante Dios.  
¡Bendito mil veces  
tu nombre querido!  
¡Aquí una he perdido....  
allí tengo dos!

No tengo cual Mayo  
aromas y flores,  
ni dones mejores  
te puedo ofrecer.  
Á falta de ofrenda,  
mi Madre querida,  
te ofrezco mi vida,  
mi alma, y mi ser.

T. Rodriguez de la Torre.

Salamanca, Mayo, 1877.

## CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Fabian á Maria.

Quién hubiera seguido tu consejo, hermano  
mio! Quién hubiera abandonado esta casa, de-  
jando á cada cual seguir el camino que Dios le  
tiene marcado, sin intentar separar los abrojos  
de su senda!

Oh! por qué he permanecido aquí?

Por qué no he huido antes de ver caer sobre  
mi frente el peso de una culpa que no he come-  
tido, y de la cual soy ahora responsable ante el  
mundo?

Extrañarás mis palabras, no es verdad?



Quizá no puedas comprenderlas: yo tambien estoy para volverme loca!

Escucha lo que ha pasado y adivinarás lo que sufro.

Ya te hablé de la carta en que Arturo daba una cita á Amelia; de esa carta que cayó en poder del mas noble y digno de los hombres, el cual, gracias á mí, ignoró su contenido.

Ya te hablé tambien de mi entrevista con la condesa, y de nuestra conversacion.

Pues bien; ahora voy á referirte lo que pasó aquella noche.... lo que ha pasado despues.

Yo estaba inquieta: sabia que la marquesa de San Luis no vendria, y temblaba á cada paso ver á Horacio volver á sus dudas.

Nos hallábamos segun costumbre en el gran salon reunidos para pasar la velada.

Doña Juana me habia mandado que me colocase frente á ella, para empezar una partida de ecarté.

Amelia ojeaba un álbum. La niña arrancaba algunas notas vagas en el piano.

Horacio no despegabá sus labios.

Atento á cualquier rumor, se estremecía visiblemente cuando sonaba el ruido de algun carruaje, y en su semblante se pintaba la esperanza y el afan cuando el eco de algunos pasos se dejaba sentir en la escalera.

Despues, cuando se convencia que el criado no anunciaba visita alguna, su frente volvía á nublarse y á crispase sus finas manos.

—Qué irá á hacer esta mujer? me preguntaba á mí misma; qué irá á hacer? quién triunfará en su corazon en la lucha que sostiene?

Yo hubiera querido poderla hablar, poderla dirigir una súplica envuelta siquiera en una mirada; pero sus ojos esquivaban los míos con tal tenacidad, que no se encontraron nuestras miradas ni una vez en toda la noche.

Y el tiempo pasaba: Horacio no pensaba en retirarse, y la aguja del reloj se hallaba muy cerca de las diez.

De pronto Amelia soltó el álbum en que leía, y se levantó con un movimiento rápido y nervioso.

Acaso habia tomado una resolucion decisiva, y se disponia á ponerla en práctica; mas ¿cuál seria esta? ¿qué es lo que iba á hacer?

Horacio alzó la frente: su oído habia percibido sin duda el movimiento de su esposa, y no pudiendo seguirla con la vista, la seguía con el pensamiento.

Oh! cuánto hubiera dado en aquel instante el desgraciado por poseer el don de la vista!

Mi corazon latia de angustia al presentir sus sufrimientos.

Amelia dejó el salon en silencio, sin que su pié hiciera apenas ruido en la alfombra.

El conde, sin embargo, la sintió salir, y con un movimiento brusco tiró del cordón de la campanilla.

Yo no me atreví á preguntarle qué deseaba, porque lo comprendia muy bien.

Pedro apareció en el dintel para ponerse á las órdenes de su señor.

—Quiero recojerme! dijo éste al tenerle junto á sí; quiero recogerme, vamos á mi cuarto.

Y sin tocar apenas el brazo de Pedro, se encaminó á la puerta, como si una luz interior le guiase en aquel instante.

Sin saber lo que hacia, dejé mi asiento y me dispuse á salir tambien, sin darme cuenta de adónde iba.

Ni la anciana ni la niña se habian aperebido de cuanto pasaba á su alrededor.

Horacio se encaminó á su habitacion; pero en medio del camino le oí despedir á Pedro.

El criado, admirado, opuso alguna resistencia, pero él, con acento enérgico y casi duro,

—Vete, le dijo; yo me basto á mí mismo: quiero estar solo esta noche.

—Señor, murmuró el criado; pudiera V. E. perderse, pudiera tropezar.... caer....

—No importa, repito que no importa, y que no toleraré que un criado se oponga á mi voluntad.

Pedro se encogió de hombros y le dejó solo efectivamente.

Entonces aquel hombre se pasó mano por la frente una ó dos veces y pareció vacilar.

Sin duda luchaba entre su afan y la trascendencia del paso que iba á dar.

Al fin extendió los brazos adelante, y empezó á andar, dirigiéndose hácia la escalera que conduce al cuarto de Amelia.

Iba á buscarla! iba el desgraciado en pos de ella!

Subió de prisa, tan de prisa que parecia imposible que aquel hombre fuese ciego!

Yo me detuve en el extremo del corredor, é inspirada por una idea repentina, me dirigí hácia la escalera principal, intentando llegar al jardin y avisar á Amelia de que su esposo la esperaba.

Así lo hice y no tardé en llegar allí: la noche estaba serena, pero oscura, y caminé á tientas por algun tiempo.

Involuntariamente acudió á mis labios una oración, rogando á Dios que me guiase, y Dios debió escucharme, porque el murmullo de dos voces llegó hasta mí, entre el silencio que me rodeaba.



Ellos eran: no me quedaba duda: allí estaban los dos.

Guiada por el eco de sus acentos adelanté entre la oscuridad; pero sin duda hablaban demasiado bajo, ó se alejaban del sitio en que se hallaban, pues á cada instante reinaba el silencio mas completo y yo quedaba desorientada.

Y mi inquietud era cada vez mayor, y mi afán crecía por momentos.

Á cada instante me figuraba ver aparecer á Horacio, sentir su voz que llamaba á la condesa, y ver descubierto ante él todo el secreto que tanto duelo habia de verter en su corazón.

En medio de aquella incertidumbre, de aquella agonía, creí percibir el sonido de algunas ramas tronchadas y el crugido de algunas hojas secas, pisadas por un pié vacilante.

¡Ay, Fabian mio! en aquel instante tuve miedo, y hubiera dado la mitad de mi vida por un solo rayo de claro sol.

Una sombra se deslizó ante mis ojos, y siguió hacia adelante por la calle de arboles en que yo me hallaba.

Yo no pude distinguirla: no pude adivinar quién era: si la condesa que se alejaba, si Horacio que iba en su busca.

Sin embargo, por un presentimiento del alma seguí tras ella, aunque á alguna pequeña distancia.

Así anduvimos por algun tiempo, hasta que ¡ay de mí! la desgracia que yo temia apareció ante mis ojos clara é inevitable.

La voz de un hombre, apasionada, vibrante, llegó á mi oído, haciendo retroceder un paso á la persona que caminaba delante de mí.

Ya no me quedó duda: los que hablaban eran Amelia y Arturo: la sombra que yo habia visto pasar era Horacio, que los buscaba en su despecho.

Yo sentí que mi vista se turbaba y que flaqueaban mis rodillas; pero ambos seguimos andando, y avanzando en la direccion de los vagos acentos que se escuchaban.

Ya estábamos muy cerca.

Tan cerca, que no solo se oía el murmullo de la voz, sino que podían entenderse las palabras.

—Yo la amo á V.! decia en aquel instante un acento varonil y contenido; yo la amo á V. y por eso estoy aquí; es inútil fingir por mas tiempo.

Una exclamacion inarticulada, pero terrible, respondió á estas palabras.

En aquel grito reconocí la voz de Horacio.

Tuve miedo por él: me espanté de lo que allí podia pasar, y corrí sin aliento á interponerme entre el infame libertino y el esposo ofendido é impotente.

La fatalidad guió mis pasos, pues un instante despues Horacio sujetaba mi brazo y me decia con reconcentrada ira.

—Amelia! me darás cuenta de mi honor! todo lo acabo de oír!

—Dí un grito y Horacio, que oprimia mi brazo, le soltó de pronto exclamando:

—¿Qué es esto?

—Señor conde! murmuré con voz apagada; señor conde, por Dios!

—Lba á continuar, pero él con un timbre de voz que no te sabia explicar.

—No era Amelia, exclamó, no era Amelia; es ella, ella á quien yo creia un ángel.

Quedé yerta, quedé muda!

Horacio me creia culpada!

Rechacé indignada esta idea.

Mis labios se abrian para justificarme, para decir la verdad; pero ¡ay! que esa verdad destruía la dicha de Horacio: mataba la paz y el honor de una familia, deshonoraba á una mujer, y aquella mujer llevaba su nombre!

No sé lo que pasó por mí; pero no tuve valor de hablar, y callé, Fabian: ¿comprendes esto? callé, y tuve ánimo bastante para dejar que me creyera culpable!

Entretanto Arturo habia huido; Amelia ya no estaba en el jardín, quedando tan solo en él el infeliz ciego y yo.

Entonces sentí que los sollozos se escapaban de mi pecho, y no teniendo fuerza para contenerlas derramé un torrente de lágrimas.

Horacio se acercó á mí y me dijo lentamente:

—Llora V., María, llora V.?

Una nueva explosion de gemidos le pude dar por sola respuesta.

—Cálmese V., me dijo: mi corazón sufre en este instante mas que puede sufrir el suyo. Yo creí que en esta noche habia perdido el honor, y he perdido quizá mas; ¡he perdido la postrera ilusión! el último y castísimo rayo de luna que sentia resbalar sobre mi frente! he perdido la fé en la virtud, María, porque V. era para mí un trasunto de la pureza de los cielos.

Calló un instante y despues continuó:

—Tranquílcese V.; esto será un secreto conocido solo de los dos; si no Amelia quizá la arrojaría á V. de esta casa, y yo no quiero dejar de oír su voz, dejar de sentirla junto á mí!

Se alejó lentamente sin pronunciar una palabra mas, y yo me quedé aterrada y sin fuerzas.

Despues subí á mi cuarto y me puse á escribirte para rogarte que pidas al cielo por mí: mañana continuaré; hoy no puede proseguir tu pobre hermana, —MARÍA.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.



## EL NIÑO.

Copo de nieve y rosas, que entre brisas  
mimos y besos del amor anhela,  
y en la linfa de plata que riela  
encantado contempla sus sonrisas:

Flotando sus miradas indecisas  
al trinar de las aves se desvela,  
y en el jardín cual mariposa vuela  
con lirios y jazminez por divisas.

Miel derraman sus labios, pura esencia  
de la flor aromática del alma  
que navega en el mar de la inocencia.

De Dios en el espíritu bañado,  
al olvidar á Dios pierde la calma,  
y acaba su niñez con el pasado.

Dámaso Delgado Torres.

## EL HERMANO LEON.

(Continuación).

Después de haber hablado así, cerró el armario. El día empezaba á declinar, los oficios se habían concluido, y la campana del convento había dado la señal del reposo. El monje se quitó las sandalias, ató á su cuerpo fuertemente la cuerda que sujetaba su austera túnica de lana morena, y se acostó sobre un jergón de paja extendido en el suelo, donde el sueño tardó poco en borrar de su pensamiento los recuerdos de su caprichoso destino.

Durante la oración del religioso, y por una lucana á que estaba vuelto de espaldas, había asomado la cabeza una figura cuyo afeitado rostro demostraba claramente que era extraño al convento: había arrojado una mirada ávida y ardiente al interior del armario, y desaparecido luego que se cerró.

Pero al instante que la campana del monasterio hubo invitado á los monjes al reposo, un hombre se deslizó silenciosamente á lo largo de las tapias del claustro, examinando con atención todos aquellos sitios. Otros dos hombres lo seguían hablándole en voz baja. Algunos grupos que venían haciendo ruido de las aldeas inmediatas y particularmente de Ménil-Montant y de Charonne, se detuvieron y dispersaron en silencio á una seña hecha de paso. Bien pronto solo quedaron algunos hombres junto á la tapia. El que antes se había asomado á la lucana, los llamó en rededor suyo, y les habló en un lenguaje ó jergonza extraña. Este idioma particular es una tradición sagrada que conservan los pillos de todos los tiempos.

—Desolladores, les dijo, este negocio es pelia-

gudísimo: vamos á *chorar mucho parné*; pero su ejecución me pertenece á mi solo; y cuidado con que ningún pillo se mueva de su puesto hasta que dé la señal!

Estas palabras dichas con cierto tono de autoridad, fueron escuchadas respetuosamente por los Desolladores. Su jefe, que era de poca estatura, pero ágil y fuerte, se lanzó á lo alto de la tapia, agarrándose de las asperezas que tenía, y ya arriba caminó un momento tendido, arrastrándose sobre la albardilla, hasta que saltó al otro lado sobre un sitio labrado del jardín, en cuya húmeda tierra se ahogó el ruido de su caída. Los demás fueron á hacer centinelas de aviso á las esquinas de las calles cercanas, precaución enteramente inútil, en una época en que los Desolladores eran realmente dueños de París.

El hermano Leon ignoraba el tiempo que había dormido, cuando antes de que tocara la campana á maitines, sintió en el corredor que conducía á su celda un ruido extraño, como si luchasen dos personas; y en el mismo acto un grito agudo le hizo levantarse sobresaltado del jergón de paja.

## II.

## Saqueo.

Al abrir la puerta, se encontró el hermano Leon en presencia de dos hombres. El uno, de estatura colosal y vestido con el hábito de los religiosos, tenía sujeta por el cuello á una persona desconocida y de figura sospechosa, que pugnaba por desasirse de los vigorosos puños de su antagonista. El primero era el hermano Ambrosio, portero de la abadía, y el segundo el jefe de los malandrines.

—Ved aquí un malvado, dijo el hermano Ambrosio dando una fuerte sacudida á su prisionero. Que Dios tenga piedad de él! Y al decir esto le apretaba con mas fuerza. No sé cómo habrá entrado. Al cogerlo en el acto de penetrar en vuestra celda, ha querido matarme con su daga.... (nueva presión) pero no ha hecho otra cosa que romperme el hábito. Y el hermano enseñó su túnica, que presentaba un ancho desgarron.

—Soltadme...! sol.... tad.....

La voz del infeliz ladrón se cortó instantáneamente, y el color morado de su rostro parecía anunciar una completa extrangulación. El hermano portero apretaba todavía, apretaba siempre!

—Hermano Ambrosio, gritó el padre Leon arrancando de sus manos á aquel infeliz, no veis que vais á matar á este hombre? Si hubiese pe-



recido entre vuestras manos en pecado mortal, en qué responsabilidad incurriríais?

El hermano Leon tomó al desconocido en sus brazos, lo llevó a su celda, y acostándolo en su humilde lecho, le hizo frotar las sienes con agua fría. Á seguida se sentó sobre la almohada y se puso á pasar silenciosamente las cuentas de su rosario, fijando á cada instante sus ojos sobre el rostro del paciente.

El hermano portero estaba admirado.

El rey de los Desolladores abrió los párpados, y reanimado por un cordial que le habia hecho tragar el caritativo religioso, se sentó sobre el borde de la cama.

—Por el cordon de San Francisco! dijo llevando las manos á su cuello, sobre el que sentia todavia la presion de los dedos del hermano portero; no me apretarán tanto el gaznate cuando me cuelguen en la horca. Perdon! padre mio, perdon! Salvándome, os habeis salvado tambien, porque tened bien entendido, que si hubiese muerto en este convento, no quedaria en él vivo ni un hombre, ni una piedra.

—¿Y por qué, hijo mio, le preguntó el religioso sin hacer caso de las amenazas que envolvian sus últimas palabras, os habeis introducido aquí furtivamente, á favor de la oscuridad, como un hombre animado de intenciones criminales? Responded sin temor. Hablais con un hermano que no desea haceros mal.

—Reverendo padre, respondió el extranjero arrojando una mirada irónica á la desnuda celda, no era por cierto para atentar á vuestros muebles ni guardaropa para lo que habria venido. Tenia otros proyectos, pero renunció á ellos; me habeis salvado la vida.... y aun haré mas, tendreis segura la vuestra. Nadie, ni el condestable, ni aun el mismo delfin, podrian decir otro tanto en estos tiempos. Ved aquí, continuó enseñándole un silvato de marfil colgado de su cintura, un instrumento que hace salir de la tierra mas gente, que soldados tiene el ejército del rey de Francia. Entre tanto abridme, que estoy ya en estado de salir de aquí por donde mismo entré.

(Continuará).

F. J. R.

## VARIEDADES.

NTRA. SRA. DE PUIGLAGULLA.

(Conclusion).

Desapareció el mensajero, y al instante siete leones volvieron á trabajar para despejar la pared. Trabajó Raimundo con ahinco sin advertir el toque del rezo, y llegada la noche vió una hermosa procesion formada de cincuenta varones con velas en sus manos, presididos por una matrona hermosísima que dirigiéndose á él le dijo:

—Raimundo, tus oraciones han penetrado los cielos: por esto se te descubrirá un tesoro que será consuelo de muchas gentes.

—Decidme quién sois, Señora, y tened misericordia

de un gran pecador, porque no soy digno de las mercedes con que el cielo me regala.

Y estático ó como fuera de sí recitó aquel verso de David: *Inclinavit Dominus aurem suam mihi*, y el salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, el que terminado inclinó la vista á la pared que acababa de caer, y en pequeña cueva vió una preciosa Imágen de la santísima Virgen Maria, rodeada de una claridad como la del sol, y oyó una voz que le dijo:

—Ésta es la Imágen de la Reina del cielo, Maria, la cual hace trescientos años estaba aquí escondida, fabricada por disposicion divina, y hasta hoy por los herejes é infieles que han dominado la España y por los pecados de los hombres no revelada. Construye el templo que se te ha ordenado y exhorta á los hombres le sean devotos, que por ella alcanzarán grandes favores; entre tanto ordena una procesion para acompañar el precioso tesoro al templo de San Salvador mientras construyes la iglesia.

Vió Raimundo que le señalaban los limites y forma del templo, y despues desapareció la vision, quedando postrado al pié de la Imágen santa, custodiada por tres leones.

Corre el buen sacerdote á comunicar lo acaecido al obispo de Vich; que era entonces el venerable Bernardo, que habia contribuido á la pacificacion de las luchas que assolaban la comarca, el que sabedor de nuevas tan estupendas y fortificado con la oracion ordenó solemne procesion para ir á venerar el divino tesoro.

No son de explicar las lágrimas de alegría que en abundancia derramaban los circunstantes al contemplar la divina Imágen todavia custodiada por los leones. Tomóla en sus manos el santo Obispo y la condujeron á la capilla de San Salvador, pero al verla tan pobre y reducida resolvieron conducirla á la ciudad de Vich, y colocarla en el altar mayor de la catedral.

No fué esta la voluntad de la divina Señora, porque á pesar de la veneracion que le rendian los hijos de Vich y pueblos comarcanos, por tres veces desapareció de la catedral trasladándose á la capilla de San Salvador. Ordenó entonces el Obispo la construccion del templo que se ordenara á Raimundo, el que terminado consagró erigiéndole en parroquia y nombrando por su primer párroco á Raimundo.

La devocion á la santa Imágen y la amenidad del valle que á los piés del Montagut se despliega hizo construir muchas casas con que se formó el pueblo que se conoce por Viia de Lleons, en recuerdo de los leones que descubrieron y custodiaron la santa Imágen.

Ignórase el por qué fué despues de años trasladada la santa Imágen casi á la cima del Montagut, contruyéndosele un hermoso templo en la casa solariega del Puiglagulla, de que ha tomado nombre, donde los pueblos de San Saturnino, Taradell, Viladrau, Santa Eugenia y San Julian de Vilatorra la visitan anualmente en peregrinacion, y la ciudad de Vich cuando quiere alcanzar algun favor á ella se dirige, ya que del sitio donde está colocada sirve de divina atalaya y dispensa sus favores á cuantos con fervor la invocan.

P. V.

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,  
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.